

Una nueva educación/comunicación para la cultura posmoderna¹

Claudia Isabel Córdoba-Sánchez²

1 Artículo de reflexión. Recibido para evaluación: 29 de agosto de 2011. Revisado: 31 de agosto a 9 de septiembre de 2011. Aceptado para publicación: 14 de septiembre de 2011.

2 Enfermera, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Magíster en Pediatría, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Especialista en Política Social, Pontificia Universidad Javeriana. Estudiante del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, Alianza (Cinde)-Universidad de Manizales, Manizales, Colombia. Profesora investigadora del Departamento de Salud Colectiva, Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: clacor@javeriana.edu.co.

Resumen

Este artículo aporta algunos elementos para reflexionar alrededor de los acontecimientos que, en el campo de la educación, esta sociedad en tránsito hacia la posmodernidad está experimentando. Se propone abandonar las tensiones que tradicionalmente se han presentado entre la educación y la comunicación no solo para avanzar hacia la configuración de una nueva relación entre ellos, sino para consolidar un nuevo saber y un nuevo escenario que se resista al pensamiento de la razón basado en intereses utilitaristas, que exigen una educación signada por el control, la disciplina, la memoria y la homogeneización y estandarización de los niños y jóvenes. Se propone incorporar elementos comunicacionales propios de estas nuevas generaciones en los ámbitos educativos para forjar una nueva generación de sujetos que puedan enfrentar esta realidad tan compleja.

PALABRAS CLAVE: educación, comunicación, cultura.

CITAR COMO: Córdoba-Sánchez CI. Una nueva educación/comunicación para la cultura posmoderna. *Investig Enferm. Imagen Desarro.* 2011;13(2):75-88.

A new education/communitacion for post-modern culture

Abstract

The present article displays necessary elements for understanding the situation that this society –in its way towards post-modernity– has been experiencing. It pretends to leave behind the traditional tensions that have existed between education and communication, not only in order to move forward towards the design of a new relation among these areas, but also in order to strengthen a new knowledge and a new scenario able to resist the idea of though based upon utilitarianism –demanding an education ruled by control, discipline, memory, homogenization and standardization of children and young. Thus, the article proposes an incorporation of communicational elements common to these new generations into educational spheres in order to shape a new group of people able to face such a complex reality.

KEY WORDS: Education, Communication, Culture.

Uma nova educação/comunicação para a cultura pós-moderna

Resumo

Este artigo fornece alguns elementos para pensar sobre os eventos no campo da educação, que esta sociedade em transição para a pós-modernidade está experimentando. Propõe-se a abandonar as tensões tradicionais que têm surgido entre educação e comunicação, não apenas para avançar na criação de um novo relacionamento entre eles, mas também para consolidar novos conhecimentos e nos cenários que façam resistência ao pensamento da razão com base em interesses utilitaristas, que exigem uma educação marcada pelo controle, disciplina, memória e à homogeneização e padronização de crianças e jovens. Propõe-se, por tanto, incorporar os seus próprios elementos comunicacionais dessas novas gerações em ambientes de ensino para formar uma nova geração de indivíduos que possam resolver esta realidade complexa.

PALAVRAS CHAVE: Educação, comunicação, cultura.

Introducción

Parece existir consenso entre muchos investigadores sociales sobre el gran cambio de época que estamos viviendo. Los avances científicos, tecnológicos e informáticos del mundo, la reconfiguración del espacio y del tiempo, la separación que los sujetos hacen de las instituciones sociales y la virtualización de las relaciones humanas son ejemplo de ello. Y, como suele suceder en todo proceso de transformación, surgen reflexiones, discusiones y replanteamientos de las, hasta ahora, bien posicionadas filosofías, modelos teóricos o marcos metodológicos, así como se producen cuestionamientos a la pertinencia, relevancia y funcionalidad de las instituciones socialmente construidas que motivan la revisión de sus procesos internos y externos.

En efecto, hoy somos actores y espectadores de un gran cambio de época que, indudablemente, penetra nuestra cultura y nos plantea un nuevo tipo de orden social, un orden que va configurando otras formas de relacionamiento político, geográfico y económico, y que a través de cambios transversales y globalizantes cubre todos los ámbitos de la sociedad y la somete a nuevas realidades que probablemente en décadas venideras nos “enfrentará a profundas contradicciones y paradojas desconcertantes, y en que experimentaremos esperanzas envueltas en desesperación” (1) si no asumimos el control de nuestro destino.

Contrario a lo que muchos autores plantean, este cambio de época no se debe en sí mismo al avance tecnológico e informático, que se expresa en revoluciones como la robótica, la nanotecnología y la biotecnología molecular. Existe la intervención de sectores globales con poder político y económico que presionan una dirección para el desarrollo de la humanidad con la intención de mantener un orden social que responda al proyecto de desarrollo hegemónico. Desde estas presiones se producen modificaciones en la estructura y organización del poder, en el ejercicio político y en la inversión económica. Así lo expresa Orozco cuando asegura que “no existe ninguna evolución al margen de la política o de la economía imperante” (2).

De hecho, el motor del descubrimiento tecnológico e informático está en los intereses particulares que progresivamente se van apoderando de los sectores que resultan útiles en su propósito. Ese es el caso de los campos de la comunicación y de la educación, que suelen ser atractivos para consolidar el proyecto hegemónico, de manera que en ellos se hacen grandes inversiones con la intención de construir una base sólida para la transformación cultural que esté en sintonía con el pensamiento utilitarista y de mercado.

Bogotá (Colombia), 13 (2): 75-88, julio-diciembre de 2011

A este respecto, Hardt y Negri aseguran que “en el nuevo orden el poder se ejerce por intermedio de las maquinarias que organizan directamente los cerebros a través de los sistemas de comunicación y las redes de información” (3) y, agregaría yo, que invaden nuestras instituciones socialmente constituidas (escuelas, universidades, familias, empresas, etc.), de tal manera que profanan directamente nuestra cotidianidad.

En consecuencia, abordar críticamente la comunicación y la educación en nuestra cultura se constituye en una tarea oportuna, necesaria, en una responsabilidad social y ética que los maestros de hoy estamos obligados a asumir para transitar hacia una posmodernidad, en la que la perspectiva crítica, autónoma y consciente sea determinante en la construcción de una mejor sociedad.

El indispensable encuentro entre la educación y la comunicación

Históricamente han existido tensiones entre los campos de la educación y la comunicación. Ello explica por qué hasta ahora estos campos han sido abordados de manera separada. No existe en este momento un campo que de manera conciliada asuma las dos perspectivas en conjunto.³ En ese sentido, Alfaro asegura que estas tensiones históricas se deben a la “intransigencia o la evasión del conflicto existente” (4) entre estos dos saberes. De hecho, sus mayores cercanías se han establecido desde la sumatoria de sus características más que desde el establecimiento de una verdadera relación. En consecuencia, es necesario crear un nuevo sistema relacional que ponga en evidencia cómo la educación siempre ha sido un proceso construido mediante dispositivos de comunicación que “vehiculan códigos sociales, visiones del mundo, lógicas, intereses, mensajes que adquieren significado a través del proceso educativo mismo” (5).

Lograr el encuentro entre la comunicación y la educación es posible solo si son replanteadas las concepciones que de ellas tenemos. Por un lado, la educación ya no puede continuar siendo pensada como un acto pedagógico intencional circunscrito a un espacio físico como la institución educativa; por el otro, la comunicación no puede reducirse a la simple instrumentalización. En ese sentido, es importante des-

3 Se han realizado algunos acercamientos valiosos, pero aún hoy se perciben muchos vacíos que precisan ser llenados. Jorge Huergo asegura, por ejemplo, que “en América Latina el campo de la comunicación/educación nace como estratégico en el contexto del proyecto desarrollista de fines de los años 50 y comienzos de los 60”.

prenderse de las posturas tradicionales para lograr ampliar el horizonte comprensivo de estos dos campos y continuar en la construcción de un nuevo campo emergente: la comunicación/educación.

¿Cómo repensar la educación en este cambio de época?

La institución educativa, como la conocemos hoy, nace en la segunda mitad del siglo XIX, junto con la consolidación del Estado moderno. Para la primera se desarrollaron políticas sociales encaminadas a propiciar, entre otras cosas, la educación institucionalizada y el disciplinamiento de los niños y jóvenes,⁴ con la idea de hacer de ellos “buenos ciudadanos” al servicio del Estado. Para muchos autores, esta institucionalización ha significado un “largo periodo de reclusión que se ha extendido hasta nuestros días” (6).

Este tipo de institución educativa, propia de la sociedad industrial, instauró un modelo pedagógico cuya estructura ha acompañado a los maestros y alumnos hasta el día de hoy. El modelo ha promovido la disciplina sin discusión, la obediencia, el tutelaje y el buen comportamiento de los niños y jóvenes a través de la uniformidad y homogeneización de sus acciones y actitudes. Expresiones como *los niños de hoy serán los hombres del mañana*, *los niños y jóvenes son el futuro del país* o *el bienestar de una nación depende de la forma como los niños actúen*, dejan ver ese interés por formar ciudadanos en función de un Estado autoritario y absoluto que les niega un presente para ser vivido.

El cumplimiento de ese objetivo, “hacer hombres y mujeres de bien para el futuro” exigía la institucionalización de los niños y jóvenes para iniciarlos en el camino que los llevaría desde la inmadurez política, económica y social, hasta la conformación de un sujeto útil para la sociedad. En consecuencia, los niños y los jóvenes abandonan el espacio doméstico para ser reclusos y conformar ese “material” de construcción social que los llevaría a asumir una actitud pasiva y una posición de subordinación frente a los adultos quienes, finalmente, establecerían unas relaciones verticales, autoritarias, paternalistas y dependientes, caracterizadas no solo por el uso y abuso del poder, sino que han negado la subjetividad de los niños y jóvenes, y así han perpetuado las concepciones adultocéntricas.

En este tipo de institución educativa se ha fomentado el control, la vigilancia, el disciplinamiento y el castigo de los niños y jóvenes para

⁴ Los términos *niños* y *jóvenes* son utilizados frecuentemente a lo largo de este ensayo para referirse tanto a las mujeres como a los hombres en las etapas de niñez y juventud, intentando respetar al máximo la condición de la persona humana con perspectiva de género.

lograr su contención no solo desde un espacio físico que somete, perturba e intimida, sino desde una sola forma de razonamiento que aniquila cualquier posibilidad de acción propia.

Pero en este cambio de época que estamos advirtiendo y con los múltiples avances tecnológicos e informáticos, los niños y los jóvenes ya no se comunican exclusivamente a partir de la oralidad, la escritura y la lectura lineal, como hasta ahora los adultos lo hemos hecho. Esta nueva generación de sujetos posibilita otras formas de comunicación y relacionamiento que involucran, aparte de la letra, la imagen y el sonido en medio de la inmediatez del tiempo y la ruptura de los límites espaciales establecidos. En ese sentido, la institución educativa moderna es cuestionada no solo como el único espacio en el que es posible mezclar con cierta precisión los ingredientes necesarios para el aprendizaje, sino también como el único canal de acceso a la cultura contemporánea (7).

Como resultado de ello, algunos sectores sociales creen que la institución educativa ya no cumple con la función que le fue encomendada. Hoy se la considera obsoleta, encerrada en sí misma, susceptible de ser reemplazada por otros mecanismos más abiertos a las nuevas formas de aprendizaje y comunicación. De esta manera, las escuelas y universidades, poco a poco, comienzan a perder fuerza simbólica en un mundo dominado por los medios masivos de comunicación (8), de manera que ya no se constituyen en los únicos espacios en que los niños y jóvenes que han nacido con el “chip incorporado” pueden desarrollar procesos de aprendizaje.

La educación tradicional, basada en la transmisión de conocimientos, en la memorización de contenidos, en la lectura acrítica, pierde valor y aparecen nuevas formas de relación pedagógica en la que los sujetos de la nueva generación se muestran aventajados, capaces de dominar la nueva tecnología y la informática. Ello provoca también el cuestionamiento del conocimiento y de la sabiduría hasta ahora concedida al adulto. Las nuevas formas de aprendizaje, a través de nuevas formas de comunicación, exigen la incorporación de otras destrezas que la institución educativa tradicional es incapaz de proveer.

En consecuencia, es necesario hacer el tránsito desde una cultura con un sistema educativo a una cultura de la educación en la que los procesos de aprendizaje sean nutridos desde otros escenarios⁵ que ayuden a trazar el camino para la comprensión y aplicación, la reflexión crítica y la creación a través de estrategias pedagógicas que involucren

5 Por desgracia, en muchos casos “buena parte de las ofertas de educación fuera del aula no son otra cosa que la prolongación de la institución educativa. Por eso se habla de niños y jóvenes sobreocupados, sobre-institucionalizados y estresados” (9).

experiencias de vida, búsquedas de información, diseños de propuestas conjuntas, productos innovadores, coparticipación en la elaboración de métodos y estrategias educativas. Solo de esta manera pueden cobrar sentido los espacios educativos y el uso de las pantallas virtuales, la hipermedia y la multimedia en ellos.

El desafío para crear esos nuevos contextos educativos está entonces no solo en abandonar la pedagogía tradicional aportando elementos que cuestionen abiertamente el enclaustramiento, el autoritarismo, el disciplinamiento y el control como únicas formas de relación entre los niños y jóvenes con sus maestros, sino también en lograr desarrollar propuestas pedagógicas participativas que despierten el interés y motivación de aquellos a través de la incorporación de sus habilidades y capacidades.

En consecuencia, la educación que se propone para la sociedad del conocimiento y la informática debe responder a las preguntas qué quieren aprender los niños y jóvenes de hoy y qué necesitan aprender. Dado que la revolución tecnológica e informática de la cual somos testigos plantea nuevas formas de entender el tiempo, el espacio, las relaciones sociales y políticas, es imperativo reconocer a los niños y jóvenes como personas con habilidades, intereses, formas de pensar y sentir diferentes, que definen una nueva forma de relacionamiento, en la que aparecen los intercambios a distancia como resultado de la inmediatez de la información. La importancia decisiva de esta nueva configuración mediática de los intercambios humanos, nos obliga a pensar en una educación que rápidamente lleve al alumno a una fase en la que, en palabras de García y Malaver, logre:

[...] los cuestionamientos, la problematización y el análisis crítico de lo aprendido frente a la realidad donde se aplica. En esta fase juegan la curiosidad, la actitud ante el cambio y se fundamenta en procesos mentales superiores, basados en el espíritu investigativo. A partir de esta fase, el estudiante que ha desarrollado algún grado de pericia en el tema, formula alternativas y crea esquemas, conceptos, procedimientos, herramientas nuevas, viables y útiles para resolver los problemas planteados, es decir, despliega su creatividad. (10)

En esta fase de procesos mentales superiores, el alumno logra desarrollar una gran capacidad para crear, utilizando como materia prima la sobredosis de información propia de la sociedad del conocimiento y la informática. En consecuencia, la educación de hoy también debe buscar que el alumno sea protagonista en la construcción del camino más adecuado para desarrollar capacidades de procesamiento de

información que le evite, paradójicamente en la era del gran volumen de datos, entrar en un proceso de desinformación que lo lleve a tomar elementos aislados, sobresalientes, que no pueden integrarse en esquemas de pensamiento para comprender mejor la realidad y su actuación sobre ella (11).

La educación de hoy no puede basarse en la imposición teórica de unos contenidos supuestamente más potentes y correctos que la cultura experiencial de cada uno de los alumnos. En efecto, la educación de hoy no es posible satisfacerla en la contención de los alumnos por parte de la institución educativa, sino en la vivencia de otros espacios, otros lugares, otros tiempos que pueden ser satisfechos a través de la virtualidad y a través de sitios que provean experiencias más significativas para acceder no solo a un conocimiento históricamente producido y acumulado, sino a los procesos de reproducción y recreación crítica de una cultura presente. Lo importante aquí es favorecer la conexión entre la institución educativa y el entorno, sin que se fragmenten los espacios del saber, haciendo difícil la asimilación de la sobreabundancia de información (9).

En esta propuesta de una nueva educación, la institución educativa deberá asumir la función de ayudar a sus educandos a adquirir de manera crítica y vivencial los conocimientos y experiencias acumuladas por la humanidad, y deberá favorecer el aprendizaje crítico, reflexivo y propositivo, a partir de experiencias externas a la institución tradicional.

La educación para la época actual debe abordar los temas y los problemas de una manera transdisciplinar, de manera que se abandone la tendencia a la especialización, la cual no permite la mirada integral de los problemas de la sociedad contemporánea. Como lo afirma Morín, es necesario cultivar una “inteligencia general” que enfrente de manera multidimensional los problemas que aquejan a la sociedad de hoy.

Se requiere partir de la construcción de modelos pedagógicos que evadan las concepciones homogéneas y uniformes de sus alumnos, y asuman nuevas formas de pensar proyectos pedagógicos heterogéneos, sobre la base de que cada alumno y cada grupo ha construido y sigue construyendo su propio esquema de interpretación de la realidad y está desarrollando redes de intercambio de significados, sentimientos y actuaciones peculiares en el espacio y en el tiempo donde viven y evolucionan como parte de un grupo social (11).

De lo que se trata es de construir proyectos pedagógicos que ofrezcan los conocimientos y saberes básicos a toda la sociedad para exigir progresivamente el desarrollo de competencias que demuestren una inteligencia general y una capacidad de trabajo colaborativo. Proyectos basados en experiencias de vida dentro del área física institucional

y fuera de ella, que exijan permanentemente la deconstrucción y construcción de conocimientos; el desarrollo de capacidad crítica, cuestionamiento, reflexión y creación, y el respeto por la diversidad cultural. Proyectos pedagógicos que se adapten a cada individuo y grupo de manera que promuevan la capacidad de apertura al conocimiento, a otras formas y estilos de vida, que potencien la explotación y exploración de las nuevas posibilidades que ofrecen los medios de comunicación clásicos y las nuevas tecnologías, aprovechando al máximo la desterritorialización como posibilidad de acercamiento y conocimiento de los otros y de lo otro. Proyectos que construyan nuevos referentes para los estudiantes, nuevas fuentes de mitos e ideales de vidas juveniles; pero que, en esencia, potencien la capacidad del ser humano para que valore y decida en medio de apelaciones a modos de vida fáciles y superfluos.

Estos nuevos modelos pedagógicos exigen también un nuevo maestro que asuma el rol de buscador permanente, cuya actitud inductiva le provea la información suficiente para diagnosticar la situación académica de cada persona o grupo y, en consecuencia, elabore estrategias de intervención de acuerdo con las particularidades de cada quien. La acción de este maestro que transita hacia la posmodernidad no muere en ese diagnóstico y en la aplicación de estrategias, sino que se nutre permanentemente de la riqueza educativa que existe fuera del aula de clase y que le provee a sus alumnos la comprensión de la realidad que ellos viven y, en consecuencia, las posibles creaciones a favor de su sociedad.

Para muchos maestros, los cambios en la estructura del conocimiento y el aporte que para ello han hecho las nuevas tecnologías de la información y comunicación en el campo de la educación, los obliga a repensarse como educadores. Algunos asumen posturas tecnofóbicas, mediante las cuales ratifican su autoritarismo como respuesta al desbordamiento al que se ven sometidos por el avance tecnológico e informático y al evidente dominio de esos avances por parte de sus alumnos. En estos casos lo que se ha visto en un “endurecimiento de la disciplina del colegio para controlar a estos muchachos cada día más frívolos e irrespetuosos con el sistema sagrado del saber escolar” (12). Otros, muy escasos por cierto, asumen posturas tecnofílicas y ven con buenos ojos estos avances.

Tanto para unos como para otros, es necesario crear políticas que permitan acceder a la sociedad de la información de una manera pausada, progresiva y segura, con la intención no solo de disminuir la brecha digital entre unos y otros, sino de generar la apropiación de estos avances para su uso adecuado en beneficio de los alumnos. Así lo plantea Freire, cuando asegura:

Bogotá (Colombia), 13 (2): 75-88, julio-diciembre de 2011

En el fondo hoy, la educación, no puede prescindir del ejercicio de pensar críticamente sobre la misma técnica. La convivencia con las técnicas en la que no falte la vigilancia ética implica una reflexión radical, nunca engañosa, sobre el ser humano, sobre su presencia en el mundo y con el mundo. El ejercicio de pensar el tiempo, de pensar la técnica, de pensar el conocimiento en cuanto se conoce, de pensar el qué de las cosas, el para qué, el cómo, a favor de qué, de quién, el contra qué, el contra quién son exigencias fundamentales de una educación democrática a la altura de los desafíos de nuestro tiempo. (13)

El tipo de comunicación que necesita la nueva educación

La comunicación, como área del saber, ha sido históricamente poco estimada en el ámbito científico y, tal vez por eso, ha permanecido atada a los medios y tecnologías, y ha soportado un tratamiento simplificado y reducido al uso de herramientas. Sin embargo, una cosa son las maneras de hacer en la práctica estrategias de comunicación, y otra muy diferente, los modos conceptuales de construir la relación comunicación con otras áreas del conocimiento. La comunicación, en sí misma, se entiende como ese cuerpo de saberes que se van consolidando a partir de la puesta en común de mundos simbólicos y subjetividades con la producción discursiva.

En esta sociedad del conocimiento y de la información, la comunicación comienza a surgir con fortaleza como un campo del conocimiento complejo y definitivo para comprender las nuevas expresiones culturales. En efecto, la comunicación de hoy invade la atención de la filosofía, la historia, la ética, las ciencias políticas, la estética y la educación, en cuanto es claro su impacto en todos los aspectos de la vida social, en la conformación de sistemas económicos, en la vida pública y privada, en la ordenación de ideas, deseos y hasta en las formas de alienación. A este campo emergente le han aportado de manera significativa, autores como Freire, quien logró romper de alguna manera esa instrumentalización de la que la comunicación ha sido objeto.

Esta generación contemporánea de niños y jóvenes vive mayoritariamente en contextos saturados de información que proviene de espacios y tiempos diversos, y de una gran variedad de tecnologías que les hace, en apariencia, la vida algo más sencilla. Esta realidad no es ajena, siquiera para los niños y jóvenes que se encuentran fuera del sistema institucional o para aquellos que viven en zonas rurales de

países en vías de desarrollo. La tecnificación posibilita que gran cantidad de información haga parte de la cotidianidad de los muchachos, quienes hoy viven sin las barreras que nuestros antepasados tuvieron. Además, esta generación ha desarrollado una capacidad muy especial para establecer relaciones particulares con esas tecnologías, de manera que expresan nuevas sensibilidades, empatías cognitivas y expresivas, y nuevos modos de percibir el espacio y el tiempo, la velocidad y la lentitud, lo lejano y lo cercano, que ellas entrañan (12).

Pero el avance técnico, informático y cibernético nos lleva a vivir experiencias que en el pasado hacían parte de la ciencia ficción. En efecto, ese futuro —hecho realidad hoy— no deja de provocar cierta incertidumbre, cierto temor. Así lo expresan autores como Alonso y Arzoz, al asegurar que “este avance a veces se comporta como un caballo desbocado, al que es difícil manejar y al que no podemos sujetar y dirigir” (13). Esa es la postura temerosa y aterradora que han asumido los tecnofóbicos.

La angustia que la nueva tecnología de la comunicación genera en muchos de los adultos es para los niños y los jóvenes toda una posibilidad de liberación. Hoy ellos pueden obtener, sin necesidad del enclaustramiento institucional, toda la información necesaria para satisfacer sus inquietudes, mediante los nuevos sistemas de comunicación, a la hora y en el lugar que ellos libremente eligen. En ese sentido, el mayor reto que le está planteando esa comunicación emergente a la educación entumecida es la desestructuración de la jerarquía del saber y el conocimiento.

Algunos tecnófilos sostienen que la incorporación de los modernos medios y tecnologías de la comunicación en el ámbito escolar y universitario pueden constituirse en la excusa perfecta para revitalizar la vida acartonada de esos espacios. Sin embargo, lo que realmente acontece es que muchos maestros utilizan esta nueva tecnología sin darse cuenta de que están ajustando el avance técnico e informático a prácticas y acciones pedagógicas que continúan ancladas al pasado. El uso de medios y tecnologías modernas en un sistema educativo vertical y autoritario obstaculiza aún más la necesaria vinculación de la institución educativa a la sociedad contemporánea (12).

La relación comunicación-educación debe ir más allá de su simple tecnificación. Esa relación debe entenderse dentro de un contexto cultural que funciona como un “sistema dialéctico que viabiliza la comunicación entre una experiencia existencial y un saber constituido” (15). En esta época de cambio, la comunicación para la educación toma otras formas y se posibilita en la creación de redes de sujetos conectados entre sí, donde la puesta en común de ideologías, creencias, pensamientos, actitudes, conocimientos y estilos produce transformaciones culturales

con un consumo mínimo de tiempo y sin que se produzca un desplazamiento físico a través de los espacios territoriales del mundo.

Las culturas son deslocalizadas, gracias a la desterritorialización que provee la tecnología aplicada a la comunicación. Esta mezcla cultural, sin intercambio social de tipo personal, como ocurrió en otras épocas, no solo promueve la apertura a otras cosas, sino que las personas se reconocen a sí mismas de manera diferente. En consecuencia, se produce una transformación personal que, a su vez, modifica los espacios de vida cotidiana, como es el caso de la institución educativa. Este es precisamente el conflicto que se vive en el ámbito escolar y universitario: por un lado, está esa institución momificada y, por el otro, una nueva generación de estudiantes cuyas expresiones culturales son diferentes a las tradicionales. En ese sentido, debemos reconocer que, según Lewkowicz, vivimos en un tiempo en el que “se están descomponiendo los parámetros que estructuraron la experiencia moderna del mundo pero en el que aún no afloran los principios alternativos que organicen otra experiencia” (16).

El reto de ese campo emergente comunicación-educación es la construcción teórica y la puesta en práctica de una nueva educación, en la que la comunicación es elemento nuclear para comprender las nuevas subjetividades, las nuevas percepciones, los nuevos sentidos, las nuevas formas de leer y escribir, esto es, entender al otro en su totalidad para construir conjuntamente la sociedad que nosotros, nuestros niños, jóvenes y ancianos merecemos en esta época de transición hacia la posmodernidad.

Conclusión

Enfrentar la realidad construida desde tecnologías propias de la modernidad, en coexistencia con tecnologías que se van configurando para dar paso a la sociedad posmoderna, se constituye en un reto sin precedentes. Los sectores sociales que hoy ostentan el poder intentan usar toda su maquinaria posible para continuar la consolidación del pensamiento capitalista y orientar un solo camino para el “desarrollo” de la humanidad. Parte de su estrategia es colonizar a los sectores que pueden incidir en la conformación de nuevas formas de pensar, sentir y actuar de los miembros de una sociedad. En ese sentido, los sectores de la educación y la comunicación se constituyen en objetivo primario para ser manipulados y absorbidos en la lógica del pensamiento utilitarista.

Por fortuna, siempre existe la posibilidad de resistencia ante los proyectos hegemónicos. Por ello la educación de la era de la informática y

la tecnología no puede seguir siendo la herramienta de los mercados y capitales, sino que debe aportar en la construcción de sociedades más prósperas y humanas mediante la generación de un capital humano capaz de pensar crítica y autónomamente para hacer oposición a la mirada mercantilista de la globalización.

En ese sentido, la institución educativa está llamada a desplegar una actividad atractiva y motivadora dentro del aula de clase y a construir un proyecto pedagógico que despierte en las nuevas generaciones de niños y jóvenes el interés por aprender y conocer, por prepararse para dar respuesta a las necesidades de un mundo complejo y altamente cambiante. El proyecto pedagógico de hoy debe ayudar en el desarrollo de capacidades requeridas para el procesamiento de información pertinente, dentro de un maremágnum de datos que llegan de forma desordenada, caótica e invasora.

Las instituciones educativas actuales necesitan nutrirse de los sistemas de comunicación e información, para aportar en la consolidación de una sociedad más humana, tolerante, diversa e inclusiva. Se requiere construir ambientes educativos donde la “cultura depredadora”, que McLaren (17) ha identificado como propia de esta sociedad amenazante no pueda tomar lugar.

Enfrentar este gran cambio de época nos exige parar de manera momentánea para repensar el presente y futuro que precisamos. Desde esta reflexión, debe surgir la readaptación de espacios, tiempos, acciones y conocimientos, que hoy parecen obsoletos y que nos impiden obtener el máximo provecho de las oportunidades humanas que nos brinda el progreso. Enfrentar un gran cambio de época como el de hoy, nos plantea retos que significan comprender nuevas formas de ser, pensar, sentir y hacer, y que al ser reconocidas y puestas en el escenario social, nos permitirá construir conjuntamente ese mundo que todos deseamos habitar.

Esta sociedad en tránsito hacia la posmodernidad, impregnada por los avances científicos, tecnológicos e informáticos, nos obliga a perfeccionar nuestros sistemas sociales y tecnológicos de bienestar y seguridad para colocarlos al servicio de la humanidad.

Referencias

1. Beck U. La sociedad del riesgo global. Madrid: Siglo XXI; 2002.
2. Orozco G. Seminario: Eje Comunicación y Educación en la Cultura. Programa de Doctorado en Ciencias Sociales. Niñez y Juventud. Manizales: Universidad de Manizales-Cinde; 2008.
3. Hardt M, Negri A. Imperio. México: Paidós; 2002.

Bogotá (Colombia), 13 (2): 75-88, julio-diciembre de 2011

4. Alfaro RM. Educación y comunicación: ¿a la deriva del sentido de cambio? En: Comunicación, educación: coordenadas, abordajes y travesías. Bogotá: Siglo del Hombre; 1994.
5. Mejía MR. De los desencuentros entre tecnología y educación. Colombia, Ciencia y Tecnología. 2004;22(3):5-15.
6. Ariés P. El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Madrid: Taurus; 1987.
7. Tiramonti, G. Una nueva cartografía de sentidos para la escuela. En: La trama de la desigualdad educativa: mutaciones recientes en la escuela media. Buenos Aires: Manantial; 2004.
8. Sarlo B. Tiempo presente: notas sobre el cambio de una cultura. Buenos Aires: Siglo XXI; 2001.
9. Carbonell J. Escuela y entorno. En: Volver a pensar la educación. Vol. 1. Madrid: Morata; 1999.
10. García M, Malaver F. Implicaciones de los procesos de aprendizaje en el diseño del programa de una asignatura. Cuadernos de Administración. 2000;13(22).
11. Pérez A. La función educativa de la escuela pública actual. En: Los retos de la enseñanza pública. Madrid: Universidad Internacional de Andalucía; 2001.
12. Martín-Barbero J. Retos culturales: de la comunicación a la educación. Nueva sociedad. 2000;(169).
13. Rueda R. Formación de docentes y tecnologías de la información: políticas y campos en tensión. Documento procedente de la presentación en Power Point para el Seminario del Eje de Comunicación y Educación en la Cultura, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Manizales: Universidad de Manizales-Cinde; 2008.
14. Arzo I, Alonso A. Carta al *Homo ciberneticus*: un manual de ciencia, tecnología y sociedad activista para el siglo XXI. Madrid: Edaf; 2003.
15. Borelli S. La educación desde la comunicación [seminario]. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas; 2007.
16. Huergo J. La comunicación en la educación: coordenadas desde América Latina. FISEC-Estrategias. 2007;3(7):35-52.
17. McLaren P. Pedagogía crítica y cultura depredadora: políticas de oposición en la era posmoderna. Barcelona: Paidós; 1997.